

EL CUERPO COMO PARÁBOLA

Contenido

CAPITULO 1: EL CUERPO HUMANO 2

El Cuerpo como una parábola, y cada parte una parábola.
Mano, pie, ojo y oído, todos "tipos" ¿De qué? ¿Qué luz?
¿Esto afecta nuestras condiciones eclesíásticas actuales?

CAPITULO 2 — EL CABELLO 7

Su enseñanza parabólica: la ley del nazareo:
El significado de su longitud: «Que nadie te quite la corona»
La verdadera fuerza de este consejo: ¿Qué es la «corona»?
El resurgimiento del cabello de Sansón:
su relación con su muerte victoriosa.
¿Puede haber algo que se corresponda con esto en
la historia de la Iglesia?

CAPITULO 3 — EL COLOR DEL CABELLO 12

Cristianos no crédulos. Infidelidad refutada por los tipos.
Color del cabello como revelador de la condición interna:
Blanco, negro, gris. Amarillo.
El cabello "fino": Algunos cabellos grises.

CAPITULO 1: EL CUERPO HUMANO

El Cuerpo como una parábola, y cada parte una parábola.

Mano, pie, ojo y oído, todos "tipos" ¿De qué? ¿Qué luz?

¿Esto afecta nuestras condiciones eclesiológicas actuales?

Hemos escuchado al salmista clamar: *«Te alabaré porque soy una creación admirable y maravillosa»*, y nosotros, en nuestra humilde medida, nos hemos unido tanto a la alabanza como a su causa. Pero a la luz de las Escrituras del Nuevo Testamento, ¡cuán profundos y maravillosos son los pensamientos que surgen al contemplar continuamente incluso nuestros humanos y frágiles cuerpos! Son tales los temas, que tratan sobre Sus obras dondequiera que se encuentren, los que nos inspiran.

"Como una veta de mineral

Cuanto más se profundiza en el rastreo, más se enriquece."

Por lo tanto, no será tiempo perdido intentar seguir esta veta de mineral precioso un poco más allá.

Pues este Cuerpo no sólo habla de la sabiduría y del amor de su Creador por su perfecta adaptación a sus entornos externos, ni por la maravillosa armonía de su funcionamiento interno; sino que, al igual que el mundo que lo rodea, del cual es un microcosmos, cada miembro, cada órgano interno, es una parábola. Las mismas enfermedades que padece no son sino sombras de contrapartes espirituales que afligen al habitante inmaterial en su interior; y no sólo se necesitarían numerosos volúmenes, sino también un conocimiento que no poseo, para discernir todas estas maravillas y extraer las lecciones que, silenciosa pero claramente, nos enseñan. Sólo puedo rozar la superficie de este interesante tema y ofrecer algunas sugerencias que podrían propiciar nuevos descubrimientos.

En 1ª Corintios 12, se muestra que el Cuerpo humano es un tipo del Cuerpo místico de Cristo: la Iglesia: *«Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo»* (versículo 12). De esto parece inevitable la deducción de que los miembros del Cuerpo natural deben tener sus antitipos en ese mismo Cuerpo espiritual; pues así está escrito:

«Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en cada uno particular» —es decir, la *«Iglesia de Dios que estaba en Corinto»*, que incluía en sus principios y práctica a cada miembro manifestado de esa Iglesia, no sólo en Corinto, sino que «en todo lugar donde invocan el nombre de Jesucristo nuestro Señor». De

esta manera, y sólo de esta manera, se convirtió en todo el «*Cuerpo de Cristo*», y cada individuo tenía el lugar y la función de uno de sus miembros.

El propósito principal del Espíritu aquí es evidentemente hacer que la analogía entre los cuerpos natural y espiritual sea tan relevante para los lectores, que puedan ver que si hay la más mínima discordia entre los miembros de este último, es una evidencia tan cierta de una condición enferma y anormal como lo sería si estuviera en el cuerpo natural.

Porque cuando gozamos de perfecta salud, todos los miembros de nuestro cuerpo trabajan juntos en perfecta armonía, sometidos a la voluntad suprema de la cabeza. Así también, en el Cuerpo espiritual de Cristo, si hay salud espiritual y la voluntad de la Cabeza gobierna, habrá una «buena y agradable unidad» entre todos sus miembros: sus necesidades mutuas hacen que cada uno sea el complemento, y no el rival del otro.

Pero podemos ir un poco más allá y señalar la correspondencia entre algunos miembros de nuestro cuerpo natural y las diversas cualidades morales y espirituales que caracterizan al cuerpo espiritual de Cristo. Para ello, no necesitamos ir más allá de los cuatro mencionados en esta Escritura: Mano, Pie, Ojo y Oído.

En cuanto al primero, ¿quién no puede ver el claro tipo de la "mano", cuando está bajo el control del Espíritu Santo, como un aspecto *de la fe*? Así como por ella agarramos y retenemos lo que deseamos y está a nuestro alcance, así también por la *fe* que le corresponde, aceptamos, agarramos, nos apropiamos y retenemos lo que Dios ha puesto a nuestro alcance en Cristo, su amado Hijo.

Fue el dedo* de la *mano* con el cual se roció la sangre de la ofrenda por el pecado delante y sobre el Trono de Dios, y por el cual sólo se hizo eficaz como propiciatorio (Lev.16:14). Así pues, por *la fe* de la cual habla esa mano.

*No toda la mano aquí, sino "dedo" probablemente para dar la idea de concentración y franqueza, así como posiblemente que no es la mano el volumen de fe que se necesita: "Si tenéis fe como un grano de mostaza".

En la sangre de Cristo, Él se convierte para nosotros en propiciatorio, como está escrito: «*A quien Dios puso como propiciación* (o más correctamente, propiciatorio) *mediante la fe en Su sangre*» (Rom.3:25).

Fue la *mano* de una pobre mujer, que había agotado todos sus recursos, la que tocó el borde de sus vestiduras, y ella sanó, ¿y quién no ve que también aquí esa mano tiene su antitipo en *la fe* que, ¡ay!, parece estar solo en el ejercicio vivo cuando nosotros también hemos descubierto la vanidad de todas las demás

confianzas?

La «mano» también simboliza el «poder». Ser entregado a alguien o recibirlo de su mano significaba ser entregado a su *poder o recibirlo de él*. Cuando *Potifar* dejó todo en *manos de José*, lo puso todo en su *poder* (Génesis 39:6).

Así, una mano alzada simboliza gran poder y dominio, al igual que en el antitipo representa una *fe* que fortalece al más *débil en el Señor y en el poder de su fuerza*, e incluso vence al mundo (1 Juan 5). De este modo, la mano, símbolo de *poder*, concuerda con su simbolismo de *fe*.

En cuanto al "pie", es el vehículo que nos lleva adonde la voluntad le ordena ir, y este "caminar" es siempre, en las Escrituras, una forma de expresión que describe la conducta, como en Efesios 4:17: "Yo digo que no *andéis como* otros gentiles", que sólo puede referirse a la conducta.

Así, el pie se convierte en un símbolo de *conducta*, y cuando está bajo el control del único Espíritu, en una parábola del *camino de la fe* a través del mundo.

Nuevamente, el pie habla de disfrute realizado; pues Israel sólo poseía realmente aquello que pisaba la planta de su pie, para poder disfrutarlo, aunque *toda* la tierra les pertenecía legalmente (Josué 1:3). Así pues, sólo aquello sobre lo que realmente ponemos el *pie de nuestra fe*, lo que significa (y que esto quede bien claro) *caminar o comportarnos de acuerdo con lo que profesamos*, realmente poseemos o disfrutamos de esa bendición; aunque también somos: "*bendecidos con toda bendición espiritual en Cristo Jesús*" (Ef.1:4)—todo nuestro en título.

Consideremos entonces el "Ojo". El mismo Señor nos ha dado su verdadero significado. "*La lámpara del cuerpo es el ojo*" (Lucas 11:34) y así deducimos que es una figura de la inteligencia espiritual; o el *discernimiento de la fe*. Cuando un israelita moribundo miraba a la serpiente de bronce, encontraba "vida en la mirada": el "ojo" en ese caso era el medio de salvación, como lo es la fe que puede ser revelada por una sola mirada.

El amonita, figura idónea del racionalismo actual, sólo haría un *pacto con Israel si estos se sacaban el ojo derecho* (1ª Sam.11:2); y precisamente de la misma manera vivirá este antitipo moderno, el racionalismo, en perfecta armonía con el verdadero Israel de Dios hoy, si tan sólo se sometieran a que se "sacaran el ojo derecho", o que se destruyera su fe, y eso es precisamente lo que se esfuerza por hacer.

El ojo es, pues, el poder de discernimiento de la fe.

Por el oído escuchamos. Esto habla de atención atenta, y claramente se menciona

otro oído distinto al del cuerpo físico en las palabras repetidas: «*El que tenga oídos para oír, oiga*», es decir, discernir o escuchar una verdad más profunda que la que puede percibir el oído externo. Así, el oído se convierte en figura de obediencia; también, creo, de servicio sumiso y voluntario; pues fue el siervo cuyo corazón había sido conquistado por su amo quien se negó a ser libre, pero su servicio eterno quedó asegurado a ese amo, como su oído estaba clavado en el marco de la puerta de su casa (Éxodo 21:2-6). Así, cuando nuestro Señor discernió cuán inútiles eran las ofrendas de toros y cabras para eliminar la barrera del pecado entre Dios y el hombre pecador, exclamó: «*Me has abierto los oídos*», lo cual, creo, tiene aquí un doble significado. Primero, dice: "Mi oído está abierto, y oigo el verdadero significado del volumen del libro: es de *Mí* que habla; esos sacrificios inútiles me invocan; *esa* sangre que no rasga ningún velo *me exige*; es de *Mí* que habla todo sacrificio, y respondiendo a todos estos llamados, «Vengo», porque «me deleito en hacer tu voluntad, oh, Dios mío». Pero además, para ese fin, has perforado mi oído para el servicio incesante de tu casa, porque amo a mi Señor y de ese servicio no deseo ninguna libertad.

El "oído" de nuestros cuerpos, cuando está bajo el control del Espíritu, habla en una parábola de escucha atenta y obediencia.

Pero ¿no debemos ir un poco más allá? Hemos estado hablando de los miembros de nuestros cuerpos naturales como tipos o parábolas de cualidades espirituales; pero no es a estos a quienes se refiere el apóstol cuando dice: «*Vosotros sois miembros en particular*», sino a los cristianos individuales a quienes escribe, y a través de quienes el Espíritu obra de maneras tan diversas que los hace ocupar el mismo lugar en el servicio a todo el Cuerpo de Cristo que corresponde a estos miembros: mano, pie, oreja y ojo en el cuerpo natural. Así que, a menos que comprendamos con claridad qué debe distinguir a los individuos que ocupan estos lugares y realizan un servicio correspondiente al Cuerpo de Cristo, podemos dudar de si hemos alcanzado el fin que el Espíritu de Dios se propuso.

Ahora bien, otras Escrituras nos hablan claramente de diversos ministerios para el Cuerpo, y no parecería forzado suponer que *debe* haber alguna correspondencia entre estos "dones" que son para el perfeccionamiento del Cuerpo de Cristo y nuestros miembros naturales.

Veamos entonces al evangelista. Todo su corazón está puesto en la salvación de los perdidos. Anhela llevar a otros aquello que ha sido una bendición y una alegría infinita para él mismo. No pretende revelar las profundidades de Dios, y si lo intenta, fracasa estrepitosamente. Si bien él mismo es miembro del Cuerpo, la esfera de su trabajo está *fuera de* ese cuerpo, ya que busca *comprender e introducir material nuevo en ella*. Su ámbito de actividad no se *limita a* la iglesia, sino que abarca a todo aquel que necesita salvación, ya sea en grupos o individualmente. Así, actúa en el Cuerpo de Cristo como lo hace la *mano* en

nuestros cuerpos naturales, pues también toma lo que está fuera del cuerpo para introducirlo en él. Y bien pueden todos los demás miembros mostrarle aprecio, afecto, confianza y compañerismo, pues su servicio beneficia a todos.

Pero hay otro que, en la soledad de su habitación, se sumerge con deleite concentrado en las páginas de las Sagradas Escrituras, y su mayor placer reside en intentar transmitir a otros aquellas revelaciones de las Escrituras que han alimentado su propia alma. Que el evangelista no lo considere un rival, ni menosprecie su discreto ministerio, que difiere tanto, pero que de ninguna manera choca con el suyo; simplemente lo complementa. Él, y quienes son como él, ocupan muy apropiadamente el lugar del "ojo" y el "oído"* en el Cuerpo de Cristo, y son muy necesarios porque buscan impartir el precioso conocimiento de Cristo, a veces incluso las "profundidades de Dios" (1ª Cor. 2:10), como el Espíritu se las ha dado a quienes han sido fruto de la obra del evangelista. Pero que ellos también conserven ese lugar, porque probablemente también ellos harán pobres obra si entran en el campo de cualquier otro.

Una vez más, observemos a ese anciano de fuertes instintos sociales y bondadosos, combinados con un juicio sólido y sabio que proviene de la experiencia. Sus intereses están ligados al verdadero bienestar de las ovejas del rebaño de Cristo. Él mismo va delante de ellas, toma la delantera, sin pretensiones de dominio, sino mostrándoles, con su propio *ejemplo*, el camino que también ellas deben seguir. No hace ninguna afirmación. Para ser un "obispo": ni siquiera se llama a sí mismo "pastor", sino que deja que otros lo discernan. Su labor es cuidar la condición espiritual del rebaño, y hace suyas sus alegrías y tristezas. Si uno de los miembros del rebaño se extravía, nadie se angustia tanto como él, y lo sigue, buscando siempre su restauración; y si, por gracia, esto se logra, nadie es tan feliz como él: su alegría es ilimitada, porque "se preocupa naturalmente por su estado". Tal persona puede no ser muy buena predicando el evangelio en las calles o en otros lugares. Puede que sea capaz o no de enseñar o trabajar con la palabra o la doctrina, pero es un miembro del Cuerpo dado por Dios, y en el lenguaje parabólico de ese cuerpo, cuando es guiado por el Espíritu Santo en su influencia sobre la conducta o el caminar, es un "*pie*".

Ni el "ojo", ni el "oído", ni la "mano" deben considerar a ese "pie" como un rival, pues todos participan en la misma obra: el ministerio al único Cuerpo de Cristo en el poder de un Espíritu, pues el "cuerpo" se nutre de aquello que cada coyuntura aporta (Efesios 4:16), y no hay nadie que esté "unido al Señor por un solo Espíritu", que no sea, en relación con el Cuerpo de Cristo, una coyuntura de aporte.

*Me resulta difícil discriminar con precisión y discernir las diferencias de ministerio entre "ojo" y "oído". En el oído, la *obediencia* parece ser la más prominentes: en el ojo, *inteligencia*, pero se unen en dependencia del Señor.

CAPITULO 2 — EL CABELLO

Su enseñanza parabólica: la ley del nazareo: el significado de su longitud: «Que nadie te quite la corona»: la verdadera fuerza de este consejo: ¿Qué es la «corona»? El resurgimiento del cabello de Sansón: su relación con su muerte victoriosa: ¿puede haber algo que se corresponda con esto en la historia de la Iglesia?

¿Qué libro de toda la literatura de todas las naciones y de todos los tiempos puede dar, o da, algún significado espiritual a cada detalle de nuestro cuerpo físico? De modo que no sólo podemos «hallar lenguas en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras» y parábolas de profundo valor por doquier en la naturaleza, sino que incluso el mismo *cabello* nos ofrece enseñanzas para nuestro eterno beneficio. Ciertamente, si tales significados son claros, se alcanzan sin esfuerzo alguno y, por lo tanto, son evidentemente el resultado de la benevolente intención del Creador de nuestros cuerpos, ¡qué razón más profunda y ulterior nos dan para unirnos a la adoración del salmista: «*Te alabaré, porque soy una creación admirable y maravillosa*»! Y cuán sólida evidencia se convierten de la inspiración divina de aquellas Escrituras, a cuya luz se disciernen estas verdades eternas. Permítanme citar la «Ley del Nazareno» en Números 6:

"El hombre o la mujer que se apartare haciendo voto de nazareo, para dedicarse a Jehová, ³se abstendrá de vino y de sidra; no beberá vinagre de vino, ni vinagre de sidra, ni beberá ningún licor de uvas, ni tampoco comerá uvas frescas ni secas. ⁴Todo el tiempo de su nazareato, de todo lo que se hace de la vid, desde los granillos hasta el hollejo, no comerá. ⁵Todo el tiempo del voto de su nazareato no pasará navaja sobre su cabeza; hasta que sean cumplidos los días de su apartamiento a Jehová, será santo; dejará crecer su cabello."

¡Qué absurdo es todo esto si no hay un significado oculto! Piensen en Dios, infinito en sabiduría y bondad, que conoce bien los asuntos eternos que están en juego, no sólo diciéndole a un hombre que no debe cortarse el pelo durante un tiempo determinado, sino haciendo que esta prohibición quede registrada en el libro que pretende guiar al hombre a su destino eterno. Las tribus más bajas y degradadas de los continentes más oscuros no tienen nada más pueril o ingenuo que lo que se encuentra en un libro que se proclama la revelación divina para la humanidad: una afirmación admitida no precisamente por los menos inteligentes ni por los moralmente peores de esa raza. Sin embargo, revela a un Dios que, en un tiempo, prohibió a su pueblo probar el vino, beber jugo de la vid, comer un trozo de pastel de pasas o cortarse el pelo. La razón, el sentido común, como podríamos decir, rechaza tal incongruencia; o bien hay una verdad digna

de tal afirmación bajo la superficie, o bien dejemos de lado el libro que hace una pretensión tan infundada, pues ¡qué falta de seriedad, incluso de decencia, habría en tales mandamientos si no contuvieran nada más de lo que se ve a simple vista!

Tampoco dependemos de nuestra imaginación o ingenio para discernir esa intención: las Escrituras mismas proporcionan todo lo necesario para su propia interpretación y nos protegen de una licencia que nos llevaría a la extravagancia.

Lamentablemente, debemos omitir el efecto de la *vid* y, como en el versículo 6, el efecto de acercarse a persona muerta en el nazareo, y limitarnos al *cabello*. La naturaleza y las Escrituras concuerdan en cuanto a la longitud del cabello apropiada: *largo* para la mujer, *corto* para el hombre (1 Corintios 11:14-15); pero la naturaleza se detiene aquí, mientras que la Escritura continúa con la verdad que implica esta distinción y muestra que habla de la diferente posición que cada sexo estaba destinado a ocupar en el mundo; y aún más, la relevancia que esto tiene como ejemplo de la relación entre Cristo y la Iglesia.

El cabello corto del hombre, que lo deja al descubierto, habla del lugar de responsabilidad pública que estaba destinado a ocupar, lo que lo convierte en un digno representante del verdadero Rey de la tierra. La mujer, en cambio, lleva el cabello largo a modo de *velo* (1 Corintios 11:15), lo cual expresa claramente su lugar dado por Dios y la convierte en una digna representante de la Iglesia en su relación con Cristo.

Es cierto que estas verdades están siendo arrastradas por el espíritu de apostasía que inunda la cristiandad; y la moda del cabello corto, que la generación más joven de mujeres está adoptando, sólo evidencia la pérdida de la dignidad y la gloria que la propia naturaleza las ha dotado; y su intromisión en la responsabilidad del gobierno, que concuerda con la moda, sólo puede resultar desastrosa a largo plazo: “Los opresores de mi pueblo son muchachos, y mujeres se enseñorearon de él. Pueblo mío, los que te guían te engañan, y tuercen el curso de tus caminos” (Isaías 3:12) no se dijo como algo bueno.

Pero aquí entonces encontramos un significado en el cabello; habla de estar cubierto, oculto, en retiro y dependencia sentida. Apliquemos eso a la ley del nazareo, a la que nos hemos referido. Mientras ese patrón, las largas trenzas del nazareo Sansón permanezcan intactas, y él esté así *oculto*, mientras sea fuerte, incluso en esa evidente debilidad, nada de lo que haga, ya sea despedazar a un león como si fuera un cabrito o matar a mil filisteos con la quijada de un asno, puede atribuirse a su propia fuerza, pues no hay más que debilidad aparente. Las imágenes que los hombres han dibujado de Sansón son, a todas luces, absurdas; pues si hubiera estado dotado de esas enormes extremidades Dalila no habría tenido dificultad en discernir en qué residía su gran fuerza. Precisamente

porque no había una causa visible para los efectos sobrehumanos, los filisteos estaban perplejos. «Era precisamente su debilidad lo que constituía su gloria, y su símbolo externo, el cabello largo, su corona».

Porque una corona es precisamente como se llama a ese cabello largo en Números 6:7, donde nuestra Versión Autorizada dice: «No se hará impuro para su padre... porque la *consagración* de su Dios está sobre su cabeza». Pero la palabra traducida como «consagración» se traduce una y otra vez como «corona», como en Levítico 21:12, etc., de modo que podemos, y de hecho debemos, leer aquí que debe mostrarse impasible ante la muerte, porque la *corona* de su Dios está sobre su cabeza: ¡la única corona que el nazareo usó fue el cabello largo que le fue dado como velo, y *ese velo era su corona!*

Ahora bien, observemos el sorprendente valor práctico de esta extraña ordenanza y, a primera vista, aparentemente sin sentido: si el nazareo perdía su larga cabellera, perdía su corona y, con ella, toda su fuerza. No era nada; todas esas hazañas daban testimonio de la fuerza de Otro, y su debilidad debía dar fe de eso, es decir, un testimonio.

Que esto arroje aún más luz sobre Apocalipsis 3:11. El Señor Jesús escribe a la Iglesia de Filadelfia: «*Vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie te quite tu corona*». Nótese bien que esto no viene en las recompensas prometidas al vencedor; *estas* vienen después. Aquí no hay nada que esté en el futuro, sino que esta «corona» es algo que esa amada asamblea realmente *posee*, no en la *esperanza*, sino, de *hecho*, *ya lo tenía* cuando la carta fue dirigida a ella. Lamento decir que seguirlo me alejaría demasiado de mi propósito actual, pero toda la vida de Sansón, tal como se registra en el libro de los Jueces, podría mostrarse como un tipo del camino de la Iglesia, como se predijo en esas siete cartas, tan estrechas son las correspondencias. Así, al igual que el cabello largo de Sansón lo cubría y revelaba su propia debilidad femenina y la consiguiente dependencia de Otro, y así como esta era *su* «corona», esa misma debilidad consciente —esa misma dependencia de la fe en Cristo su Cabeza— era la corona que la Iglesia de Filadelfia fue advertida a conservar firmemente. Así pues, esa misma dependencia de la fe es la verdadera «corona» de cada cristiano hoy en día, y grande es el peligro de perderla. Véanlo en nuestro apóstol Pablo cuando dice: "Por tanto, con mucho gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2ª Corintios 12:9-10).

Esa misma sensación de impotencia, y nuestra dependencia de nuestro Señor Jesucristo viviente es nuestra única "corona", como fue con Pablo, y como lo era la Iglesia en Filadelfia.

Esto exige que discernamos quién o qué representa hoy la Iglesia de Filadelfia.

Sería demasiado extenso exponer las siete cartas a las Iglesias, tal como se recogen en Apocalipsis 2 y 3; pero baste decir aquí que trazan el curso de la Iglesia como Testigo del Señor en la tierra a lo largo de los siglos, desde la época de los apóstoles hasta el final de ese testimonio. Tampoco sería difícil mostrar evidencias de la intención Divina en las sorprendentes correspondencias que cada Iglesia ofrece sobre las condiciones de ese Testigo en un período determinado. Así como la Reforma surgió de Roma, así Sardis siguió a Tiatira, y así como de las muertas iglesias nacionales de Sardis (que aún tenían un nombre para vivir) surgieron avivamiento tras avivamiento, conectados con nombres como Wesley, Whitefield, Venn, Fletcher y una multitud de evangelistas que fueron siervos del Señor al reunir a aquellos que no eran meramente nominales, sino realmente, "*hermanos*", y así se formó "Filadelfia" (Amor Fraternal). Este movimiento del Espíritu fue encabezado hace unos 100 años por una acción mundial del mismo Espíritu que una vez más sacó de todas las organizaciones de la cristiandad a unos pocos aquí y allá para reunirse en unidad de corazón en el único Nombre de Jesús, como el Santo y el Verdadero; fue el clímax (por así decirlo) de la Iglesia en Filadelfia. ¡Débil! ¡Oh, cuán débil en todo aquello que el cristianismo mundano de la época consideraba fortaleza! Pero *esa misma debilidad era su fortaleza*: los hacía sentir dependientes del Señor viviente. Era la "corona" de esa Iglesia y respondía perfectamente a la larga cabellera femenina de Sansón.

¿Conservó esa "corona"? Por desgracia, siguió demasiado de cerca el camino de su primer tipo, Sansón; y el mundo filisteo-religioso de Dalila, primero aplicó esa energía nazarea a su propia obra (Jueces 16:13), luego aplicó sus tijeras a los mechones que cubrían a ese Sansón anti típico, y *lo expuso; lo* convirtió en algo dentro del mundo religioso, y así vino a ser "como cualquier otro hombre", y eso en realidad no le sirvió *de nada*! *Filadelfia quedó sin corona y, por lo tanto, cedió su lugar a Laodicea, convirtiéndose en ella.*

Sí, consideramos la correspondencia. Nieguen, si quieren, que el Antiguo Testamento proporciona tipos para el Nuevo; Sansón es un tipo de la Iglesia: consideren forzada esta explicación si lo desean, pero si tienen capacidad de *razonamiento*, no negarán que las mismas palabras que el Señor usó para describir la condición de la Iglesia en Laodicea describían perfectamente la condición de Sansón durante su cautiverio. Ambos eran y son «desdichados y miserables, pobres, ciegos y desnudos». Sin lugar a duda, Sansón era todo esto; e igualmente sin lugar a duda, el Señor Jesús dice que esa es la condición de la Iglesia en Laodicea: ¡en la que vivimos! ¿Acaso no tiene esto una voz para nosotros? ¡Oh, "*¡el que tenga oídos para oír, que oiga!*"

¡Miren a su alrededor por un momento! ¡Vean la gloria de ese sencillo y poderoso testimonio tan completamente desaparecida como la larga cabellera de Sansón! Una docena o más de divisiones sectarias en la otrora "Filadelfia" muestran que,

como testimonio público, ¡el "amor fraternal" ya no existe! El amor fraternal jamás puede ser expulsado de aquellos que son verdaderamente hijos de Dios; pero como testimonio, que caracteriza la época, Filadelfia ha pasado, y en la introducción en la Iglesia del orgulloso espíritu de la democracia imperante, Laodicea ha llegado; pues la palabra misma '*Laodice*' no es más que otra forma de democracia, pues significa: '*Los derechos del pueblo*'. ¡Laodicea es Filadelfia sin su corona!

Gracias a Dios, eso no cuenta del todo el final del camino de Sansón; ni será del todo el final de la verdadera historia de la Iglesia. Del tipo está escrito: "*Sin embargo, el cabello de su cabeza comenzó a crecer de nuevo después de haber sido rapado*" (Jueces 16:22) y del antitipo las mismas vergüenzas, los mismos dolores, las mismas humillaciones de nuestra condición están produciendo aquí y allá esa necesidad sentida de Jesucristo nuestro Señor que puede contar la misma historia que la del resurgimiento del cabello de Sansón. El ocaso de la vida del pobre Sansón estuvo sombrío, con nubes de tristeza y vergüenza, pero las palabras que he citado muestran una abertura en esas nubes por la que un rayo de luz celestial se filtra sobre él, como sobre el triste ocaso de la historia de la Iglesia, en la que se encuentra nuestro propio destino. Sansón comenzó de nuevo a esconderse. Los filisteos desprecian a aquel a quien una vez temieron; y en ese lugar de desprecio no se le tiene en cuenta, ¡salvo para "hacerlos reír"! *¡Pero su cabello comienza a crecer de nuevo!*

¡Oh, qué dolorosamente similar es la correspondencia! ¡Qué "juego, espectáculo" ofrece la condición de aquel "movimiento", otrora tan poderoso en su debilidad, al mundo religioso de nuestros días, mientras exaltan sus propias falsas deidades del "aprendizaje humano", la "ciencia falsamente llamada así", su Dagón por encima del Cristo de Dios! Pero que el filisteo no se regocije demasiado imprudentemente: ¡el "cabello" está volviendo a crecer! Se impone la humildad a su verdadero pueblo, y una impotencia como sólo Cristo puede afrontar, es decir, no una mera confesión de labios, sino un sentido profundo de pobreza: *eso* es "el cabello que vuelve a crecer". Ciertamente no hay el menor esfuerzo en discernir estas maravillosas enseñanzas típicas en este venerable Libro: enseñanzas que hacen que el libro de los Jueces sea verdaderamente *moderno*, pues sus lecciones fueron concebidas para nuestros días.

Pero si eso es cierto, si la vida de Sansón presenta estas verdaderas prefiguraciones, ¿acaso su muerte no da ninguna? ¿Debemos abandonarlo antes de su fin? No lo creo, pero la correspondencia seguirá siendo válida; y cuando se oiga la voz de mando de nuestro Señor, y todo lo que es verdadero en la profesión del día, y de todos los tiempos, sea arrebatado para encontrarse con Él en el aire; entonces, cuando la luz de Dios caiga sobre lo que quede, en esa luz (pero sólo en esa luz) se podrá repetir la ruina total que cayó sobre la casa del dios de los filisteos; y esto se puede contar en las palabras del Señor: «*Te vomitaré de mi*

boca» (Apocalipsis 3:16). Oh, ciertamente, lo que comenzó en Pentecostés tan hermoso, entonces en una verdadera luz Divina, será, si así se rechaza de este modo por su Señor, ¡una ruina, y nada más que una ruina!

CAPITULO 3 — EL COLOR DEL CABELLO

**Cristianos no crédulos. Infidelidad refutada por los tipos:
color del cabello como revelador de la condición interna: Blanco,
negro, gris. Amarillo. El cabello "fino": Algunos cabellos grises.**

En ciertos círculos está de moda presentar al cristiano como el más crédulo de los necios: cierra los ojos, abre la boca y se traga todo lo que le ofrecen. Nada más lejos de la realidad. Su espíritu ha despertado a la gravedad de su propia existencia, con las consecuencias eternas *que* ello implica, y tiembla ante la posibilidad de adoptar algo que pueda desviarlo del buen camino. Por eso, lo pone todo a prueba con todo el cuidado del que es capaz, y confiando en una Sabiduría infinitamente superior a la suya, incluso acoge con agrado los ataques de los demás, pues si su fe no resiste estos, de poco sirve para las pruebas más severas que le esperan, al recordar las palabras del profeta: «Si has corrido con infantes y te han cansado, ¿cómo podrás contender con caballos? Y aunque en una tierra de paz estés seguro, pero ¿qué harás cuando las aguas del Jordán estén crecidas?» (Jeremías 12:5, RV)

Ahora bien, la Escritura misma nos dice que Israel era una nación típica, y si lo que se registra sobre ellos es un símbolo y está escrito para nuestra advertencia (1 Corintios 10:11), entonces aquella extraña enfermedad, la lepra, era un símbolo: la carne y la piel eran símbolos. La erupción, la costra o la mancha brillante eran símbolos. El sacerdote era un símbolo: el destierro del campamento a un lugar impuro era un símbolo. Todo era un símbolo, y esto cobra gran importancia para nosotros hoy en día.

En vista de lo que la Escritura afirma sobre sí misma, nos atrevemos a decir que consideramos insignificantes las contraargumentaciones del "modernismo"; y cuanto más profundizamos, cuanto más cuidadosamente examinamos esas escrituras, más nos atraen sus bellezas sobrehumanas, del mismo modo que cuanto más de cerca observamos una flor, más nos habla su hermosura de su verdadero Creador.

Así pues, volvemos a nuestro tema y descubrimos que no solo la *longitud* del cabello es significativa, sino que a veces incluso su *color* ofrece lecciones de gran

valor práctico. Repito, si esto es claro y sin artificios, ¿quién podría ser el autor de semejante libro sino Aquel que, desde aquel día lejano, pudo ver la necesidad de su pueblo en esto?

Retrocedamos unos 3500 años hasta el campamento de Israel en su camino de Egipto a la tierra prometida. Una mañana vemos a tres hombres siendo llevados ante el sacerdote. En uno hay una extraña "protuberancia"; en el segundo, unas "costras", un lugar expuesto del que se ha caído el cabello; y en el tercero hay una "mancha brillante" que lo hace muy llamativo. Si bien los síntomas difieren, todos están en una misma línea, y esto se evidencia claramente en el primero, la "protuberancia", que sin duda indica una autoexaltación, una característica tan claramente satánica que requiere examen (véase 1 Timoteo 3:6). Ahora llega el sacerdote, y veamos con qué minuciosidad examina la zona afectada en cada caso, y si encuentra un cabello que se ha vuelto *blanco* y la llaga es más profunda que la piel, declara al sospechoso leproso. Esa sentencia lo expulsa de su tienda, del campamento y le priva de todos los privilegios del Tabernáculo mientras dure la lepra. Sin duda alguna, ese cabello *blanco* evidenciaba la extrema gravedad de la enfermedad. ¡Era fatal!

Porque el cabello, al degenerarse y volverse blanco, habla por sí mismo de la muerte. Los poetas latinos llaman constantemente a la Muerte misma: "*Pallida Mors*" o "Muerte Pálida", porque roba a la mejilla todo su florecimiento de salud; ¡ay, todos estamos demasiado familiarizados con el "blanco" de la muerte! Pero no estamos de ninguna manera dependiendo de los poetas paganos para nuestra interpretación de las Escrituras: este mismo capítulo de Levítico lo confirma. Porque el versículo 13 dice: «Si la lepra cubre toda la carne, el que examina la enfermedad la declarará limpia, pues toda su piel se ha vuelto *blanca*».

Pero hemos asumido provisionalmente que el "blanco" representaba la muerte, y sin embargo, si la muerte ha prevalecido por completo —si no queda vida— y por eso el hombre está realmente limpio, ¿puede entonces ser el blanco de la muerte? Sin duda puede ser así, pues el siguiente versículo dice: «Pero cuando la carne cruda (es decir, la carne viva*) apareció en él, quedó impuro».

*"Raw" es *chat* que en sí significa "vivo" (Ver marg. Lev.13:10).

Así, lo "blanco" es la antítesis de lo *vivo*, por lo tanto, debe representar la muerte, que es la simple antítesis de la vida. La muerte ha terminado su obra, no queda nada sobre lo que pueda obrar; y así, la acción de la enfermedad maligna ha cesado por completo.

La interpretación parecería, pues, lo más sencilla posible. Cada uno de los síntomas originales hablaba de orgullo, de una exposición del yo o del deseo de ser prominente; y el cabello blanco hablaba del carácter mortal de esa soberbia.

Pero cuando uno confiesa de corazón que en él, es decir, en su carne, no hay nada bueno (Rom. vii:18), y que él *ha sido crucificado* en su Sustituto Cristo (Gál. ii:20) *entonces la muerte ha hecho su trabajo*, allí se volvió "blanco"—él está limpio porque su verdadera vida está ahora en Cristo, ¿y puede *eso* ser impuro?

Pero si el «blanco» es símbolo de muerte, inevitablemente concluimos que su opuesto —el cabello «negro*»— debe indicar la condición opuesta, es decir, la de *vida y salud*, evidenciada de manera contraria al «resurgimiento» o «punto brillante», mediante la penitencia y la ocultación. Así fue ciertamente en el día de las sombras, y así debe ser en este día de la sustancia. Pues tan pronto como el sacerdote vio el cabello «negro», inmediatamente declaró a la persona limpia. ¡Preciosa verdad! Que cualquier ser humano, en cualquier lugar de la tierra, desde el ecuador hasta los polos, diga de corazón a Dios, cuyas evidencias de eterno poder y divinidad lo rodean por doquier: «*He pecado y he pervertido lo que era justo, y no me ha servido de nada*» (Job 33:27). En esa confesión, Dios ve el «cabello negro» del arrepentimiento y dice: «*Líbrome de descender al sepulcro, porque he hallado un rescate*» (Job 33:24). Ya no es un leproso, está limpio. Ese «rescate» lo sabemos bien: es la preciosa Sangre de Cristo, por la cual sólo Dios puede salvar a alguno.

Pero además, el blanco y el negro no eran los únicos tonos de cabello significativos en lo que respecta a la lepra. Si había una apariencia sospechosa en la cabeza o la barba, se aplicaba el mismo cuidado.

*En hebreo existen cuatro palabras distintas para «negro», todas con un significado triste *excepto la que se usa aquí*. Por ejemplo, «kahdar» se encuentra en Job 5:11, «Para que los que *lloran* sean exaltados» (véase Sal.38:6). De aquí proviene Kidront, el arroyo negro o lúgubre. Pero *shachar* significa «irrumper», como «el amanecer después de la noche», y habla de recuperar la salud.

Había que hacer un escrutinio. Ciertamente, se necesita poco para ver en la "cabeza", la parte más elevada del ser físico del hombre, que corresponde en el cuerpo al espíritu; y, en la "barba", esa madurez de la facultad de razonamiento que también es propiedad del espíritu. Aquí hay de nuevo un deseo de prominencia, como lo indica ese cabello "amarillo" o "brillante"* (Lev.13:30). Es una de esas semillas que está al menos latente, si no siempre activa en cada hijo de Adán, permanece en nosotros mientras la sangre de Adán corra por nuestras venas. Donde no se conserva en el lugar de la muerte, sus vestigios hablan de lepra.

Porque, si una inteligencia sana se representa con el cabello de la cabeza o la barba, entonces una inteligencia enferma, una razón depravada, debe simbolizarse con la lepra en estas. Qué bien se ilustra esto en ese discurso a nuestro temible enemigo, Satanás, bajo el nombre de Rey de Tiro: "Has

corrompido tu sabiduría a causa de tu *brillo* " (Ezequiel 28:17): allí, en ese "brillo" está el cabello amarillo, brillante y reluciente de la cabeza leprosa.

Cuando un hombre o una mujer se envanece por la carne, sin sostenerse de la cabeza (Col.2:19), ¡claramente padece lepra! El ojo de nuestro Sumo Sacerdote discierne en esto el cabello amarillento del orgullo carnal; y nosotros, sus sacerdotes, también debemos discernir esto.

Pero no debemos pasar por alto otra característica significativa de su cabello rubio: es "delgado". Hay tres palabras que se traducen así en las Escrituras, y la que se usa aquí es la que se emplea para referirse a esas miserables vacas delgadas que el faraón vio en su sueño (Génesis 41). Habla, pues, de forma tan sencilla que nadie necesita el valor real —la cualidad intrínseca— de esos pensamientos brillantes y relucientes representados por ese cabello amarillo. Son, con todas sus pretensiones de inteligencia superior, muy, muy débiles. ¡No son nada! ¡No nos dan nada! ¿No es cierto? ¿Acaso ayudan a responder las grandes preguntas de nuestra existencia? ¿Qué es la vida? ¿De dónde viene? ¿Acaso la muerte lo acaba todo para el hombre? ¿Hay algún juicio después de la muerte? ¿De dónde viene el espantoso desorden moral tan evidente dondequiera que habita el hombre? ¿Qué remedio hay para ello? Ni un susurro oímos de una solución a ninguna de estas preguntas. Oh, realmente, siendo nuestros enemigos los jueces, sus resplandecientes, brillantes y centelleantes pensamientos, «amarillos», son muy superficiales.

*"Amarillo", hebreo *tzahob*, de *tzahab*, "brillar", "resplandecer".

Los pensamientos brillantes y "amarillos" son muy *débiles*. Tampoco carecen de un parecido aún mayor con esas "vacas flacas" que devoraron a las gordas sin beneficio alguno, pues estas pueden quitar, pero no pueden dar un rayo de luz sobre estos problemas. ¡Oh, estos pobres y brillantes pensamientos del hombre son extremadamente débiles!

Pero aún hay otro color significativo: "Gris". Interpretando esto a la luz de otras Escrituras, encontramos que tiene un carácter tanto bueno como malo. Bueno como en: "*La belleza de los ancianos son las canas*" (Prov.20:29); y malo como en "*Hay canas aquí y allá en él, pero no lo sabe*" (Oseas 7:9). En el primer caso, el "gris" habla ciertamente del debilitamiento de las facultades naturales, pero también habla de esa experiencia de vida que ha tomado su lugar, y los ancianos se quedan por un tiempo para que puedan poner esa experiencia al servicio de sus hermanos más jóvenes, cuyos pies aún tienen que recorrer el camino que queda detrás de *ellos*. Es esto lo que realmente hace que la vida valga la pena vivirla hasta el final; y bien pueden los jóvenes recordar la palabra: "*Te levantarás delante de las canas*" (Lev.19:32), porque antes de que llegue el invierno, y esa cabeza gris yace fría en el polvo, que recuerden que el otoño es la

época de la fruta madura y *que esa* fruta es para su beneficio.

Pero cuando Oseas habla de alguien que no es consciente de las canas que tiene aquí y allá, es muy seguro que no se pretende describir nada bueno de esa manera; ni tenemos gran dificultad en discernir qué es ese mal. El gris es la fusión del blanco con el negro, y así, a medida que el cabello gris se acerca al "blanco", aunque todavía no es eso, como habla del declive de las facultades físicas, por lo que se convierte en un símbolo apropiado de un declive similar en el espíritu: no es el "blanco" de la lepra, pero está en camino hacia ella.

Por ejemplo, ¡ay!, con qué frecuencia nos invade la apatía y nos alejamos de nuestros armarios y nuestras Biblias con desagrado! ¡Ah, eso sí que es una *cana*! La pérdida del apetito siempre es más o menos grave y síntoma de algún trastorno interno; y cuando nos preocupamos menos por nuestras Biblias, cuando reducimos el tiempo de lectura, cuando las abandonamos y nos contentamos con dejarlas, sin encontrar en ella alimento, fortaleza, consuelo ni advertencia, y aun así la cerramos con alivio, eso sí que es una *cana*. Esto podría desarrollarse más, pero no es necesario, pues todo síntoma de decadencia espiritual es una *cana*.

F.C. Jennings